



Buenos Aires, septiembre de 2019

Circular N° 597

Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.

Amados hermanos y hermanas:

Compartimos un extracto de un Servicio Divino oficiado por el Apóstol Gerardo Zanotti.

“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar; porque aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre.”
(Apocalipsis 3: 8)

A veces, en la vida de cada uno de nosotros, nos pasan cosas. Todos podemos tener experiencias de fe y muchas veces son tan personales, tan particulares, que no las conoce nadie. Cada uno sabe de qué manera sintió que Dios se manifestaba en una determinada situación. Y creo que de esas cosas estamos hechos los hijos de Dios, todos aquellos que esperamos alcanzar el día del Señor, aquellos que hayamos podido perseverar, de alguna manera. Hace unos cuantos años me había quedado sin trabajo, verdaderamente mal, en una mala situación. Hablé con el Pastor y con el Evangelista, que me dijo: “Bueno, vas a recibir una palabra”. Cuando uno busca trabajo ofrece el currículum, espera que alguno le conteste, generalmente nos dicen que uno queda en la base de datos, y uno se pone a analizar las posibilidades y parecen un tanto remotas. Pero el Evangelista me había dicho que yo iba a recibir una palabra. Entonces un día cualquiera, en un Servicio Divino como otros, viene este texto. Y pongo énfasis en que era un Servicio Divino como tantos porque la palabra de Dios se manifiesta en cualquier momento. No solo cuando viene el Apóstol o el Obispo. Se puede manifestar cuando hablamos con nuestro hermano, cuando nos ejercitamos en escuchar esa voz que es el don del Espíritu Santo que hemos recibido de manos de un Apóstol. No nos “achiquemos” ante las circunstancias, somos más grandes que ellas. Siempre.

Entonces, imagínense, yo estaba caminando mucho por día, entregando currículums y recibiendo muchas respuestas negativas, con toda la familia atrás que necesitaba cosas. Las perspectivas no eran buenas. Y un día cualquiera, viene esta palabra, que dice: *“Yo conozco tus obras; he aquí, he puesto delante de ti una puerta abierta, la cual nadie puede cerrar...”*. A mí se me presentaron las puertas de los lugares de trabajo donde dejaba los currículums, que a veces no están cerradas pero a la vez sí lo están para uno. Entonces interpreté para mí que Dios iba a abrir una puerta que nadie iba a poder cerrar. Muchas veces estamos cansados, nos pasan cosas; a veces estamos cansados de llorar, de trastabillas, a veces estamos simplemente cansados. Pero, *“...aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra, y no has negado mi nombre”*.

El Apóstol hace hincapié en esta palabra en que Dios nos conoce. Para otros a lo mejor somos desconocidos. El otro no sabe adónde vamos, no sabe de dónde venimos, por más que nos vea entrar a la iglesia, que nos vea hacer la oración, o que intentamos tener una vida dentro de ciertos cánones espirituales. Pero resulta que Dios nos conoce.

Ese conocimiento de Dios tiene que ver con, como dice acá, con una condición, con esa elección y ese amor de Dios. Es decir, no es solamente que te conoce, sino que te eligió, te ama. Y no es necesario que salgamos a nuestro alrededor a alardear, como diciendo “yo tengo un título”, “yo soy alguien”, para impresionar. Pero a veces también se intenta decir que uno está respaldado por



alguien superior, entonces podemos sentirnos con derecho a ciertos beneficios “porque soy un hijo de Dios”. El hijo de Dios no necesita alardear o presumir. El que cree en Dios, queda fiel a Dios.

Dios nos conoce. Es una palabra tan intensa, de tanto consuelo, que dije: “Esto es para mí”. Dice en Éxodo, en el capítulo 33, versículo 17: “Y Jehová dijo a Moisés: *También haré esto que has dicho, por cuanto has hallado gracia en mis ojos, y te he conocido por tu nombre*”. Jehová hablaba con Moisés y aquí le dice que lo conoce por el nombre. Dios nos conoce, a cada uno.

También dice en Juan 10: 14: “*Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen*”. Ser un conocido de Dios, no es para presumir, ni es para no trabajar, para no venir, no es para gozar de algún beneficio que nos haga distintos sino que es para sentirnos abrigados, amados y llamados a servir a Dios. ¡Porque Él nos conoce!

Dios nos eligió porque somos lo que somos. No nos eligió por nuestros méritos. En la vida hay personas que creen merecer ser elegidas para esto o aquello. En el otro extremo, también hay personas que creen que nunca se merecen nada, por lo que fuese, entonces se colocan siempre en el último lugar de la fila, quieren pasar desapercibidas. No se sienten merecedoras de nada. A veces tiene que ver con la personalidad, con un complejo de superioridad, alguien que quiere figurar, pero también de inferioridad, que no cree merecer nada y se esconde o se va, se pone atrás de todo, no quiere que nadie se dé cuenta de que está, no quiere aparecer. Dios nos conoce.

Si nos eligió, es porque somos lo que somos. Tiene que ver con esta palabra que dice: Yo te elegí, “yo te redimí; te puse nombre, mío eres tú” (comparar con Isaías 43: 1). Esa elección nos hace bien y también nos hace bien la elección de nuestro hermano. Porque no vamos a decir que Dios se equivocó con nosotros, nos eligió, pero podríamos pensar: “¿cómo es que lo eligió a este otro? ¿No lo conoce?”. Cuando el Señor pide que amemos a nuestro prójimo a veces uno tiene ganas de decirle al amado Dios: “Pero, ¿conocés a mi prójimo?”. Dios conoce al prójimo. Y me conoce a mí. Nos pide que nos amemos entre nosotros porque esa es su ley, porque Dios es amor.

Esa batalla de la fe y de la comprensión, la del entendimiento, son las batallas en las que estamos todos los días de nuestra vida.

Dios conoce nuestras obras. Las obras son buenas cuando derivan de la fe. Porque a lo mejor uno puede querer ayudar al otro porque ve que el otro no está bien. Esa es una ayuda. Pero cuando la ayuda, la obra viene y su efecto proviene de lo que creemos, esas son las obras de la fe. De las que hablaba Santiago.

La fe viene del oír de la palabra. Por eso vamos a la iglesia, para escuchar la palabra y participar de la comunión, para que sea aumentada nuestra fe, para tener experiencias de fe. Porque un día cualquiera, vino una palabra cualquiera que tocó nuestro corazón y nos muestra que Dios, no solamente no se olvidó sino que nos conoce. Y aquello que nos promete, lo provee. Es bueno que Dios nos conozca. A veces uno puede pensar: ¿es bueno o malo que nos conozca? Que Dios nos conozca siempre es bueno. Porque tiene pensamientos de paz y no de mal para los suyos (comparar con Jeremías 29:11). Para todos los seres humanos.

Dios conoce nuestras oraciones. Ahora bien, ¿nosotros conocemos nuestras oraciones? Porque puede ser que a veces se conviertan en una cuestión casi rutinaria. A veces pasa en los hogares. Oramos por los alimentos -supongo que así lo hacemos y lo enseñamos a nuestros hijos-, también oramos cuando nos despertamos, cuando nos acostamos, y en cualquier momento del día, porque la oración no es una receta, no es que haya tres oraciones por día o una oración que tenga un contenido en particular; orar significa conversar con Dios y agradecerle. Entonces Dios conoce nuestras oraciones. Porque volvemos al ejemplo de buscar trabajo, cuando uno deja un currículum allí anotó toda su vida: cuándo empezó a trabajar, dónde estudió, qué sabe hacer y



qué no, cuáles son las aptitudes, las expectativas... Entonces cuando nos dicen: “sí, está en la base de datos”, se trata de un archivo donde todas las personas que entregaron su currículum quedan guardadas. Como si fuera un cajón donde están todos los papeles. Quizás hay 500. Hasta que no se necesite una búsqueda, nadie va a revisar eso para ver si alguno coincide con el perfil. Pero Dios nos conoce y conoce nuestras oraciones. Cuando elevamos una oración a Dios, Él sabe que es nuestra, que tiene nombre y apellido, que hay un alma detrás de esa oración. Entonces la oración tiene que ser profunda, intensa. No nos quedemos esperando el cumplimiento de esa petición que hacemos en la oración. Porque, por ejemplo, cuando llevamos un electrodoméstico a reparar, uno no se queda esperando hasta que lo arreglen. Con las oraciones es similar; oramos al Padre, y podemos encontrar satisfacción de eso cuando sentimos que Dios nos escuchó. Cuando Dios nos escuchó, pues entonces la oración está en conocimiento del Padre y Él hará lo que tenga que hacer, cuando lo vaya a hacer y así está bien. Entonces no me disgusta cuando la respuesta no es inmediata, cuando no es lo que yo quiero y tampoco me voy. Porque a veces lo más fácil parece irse. Pero no nos estamos yendo de la presencia del Pastor, del Diácono, de la Iglesia; nos vamos de la presencia de Dios. Porque Dios se manifiesta a través de la palabra.

Dios conoce también nuestra ofrenda. Un Pastor decía: la ofrenda ahuyenta a la miseria. A veces pensamos que cuando no estemos en miseria o en una situación complicada, entonces es el momento de ofrendar. Y resulta que es al revés. La ofrenda ahuyenta a la miseria. Este concepto es también central en nuestra vida de fe. Porque cuando uno cree, aquello en lo que cree todavía no se ha cumplido. Por eso lo cree. Para creer en Dios es necesario dejar todos nuestros anclajes, nuestros amarres, como cuando nos tiramos a una piscina y tenemos que dejar el suelo que estamos pisando. Trasladado a la fe, cuando creemos abandonamos nuestros anclajes, el lugar donde estamos parados, nuestras seguridades y muchas veces no nos gusta dejarlas, aunque valgan poco o no sean nada. Porque no nos gusta perder ese control que creemos que tenemos. Pero Dios conoce nuestras oraciones y nuestras ofrendas.

Yo conocí la Iglesia de grande y una vez vino el Pastor de visita. Me preguntó si ofrendaba y respondí que no. Me preguntó por qué y le dije: “Porque no creo y porque no puedo”. Así eran nuestras conversaciones. Entonces me dio esa palabra de Malaquías, acerca de colocar los diezmos en el alfolí: *“Traed todos los diezmos al alfolí y haya alimento en mi casa; y probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde”* (Mal. 3:10). Pero claro, esto tiene que ver con el creer, ¿y el “poder” cómo lo arreglo? El Pastor me dijo que de lo que uno tiene, lo primero es para Dios y que después al final nos vamos a dar cuenta de que sobra. Para eso hay que soltar los anclajes, porque cuando yo ofrendo lo primero, miro y no me alcanza, no llego. Entonces no ofrendo. Lo mismo pasa con nuestro tiempo. El día tiene 24 horas, trabajamos 10 o 12, y me olvidé de trabajar para Dios. Porque no tengo tiempo. Pero si me pongo a trabajar para Dios, me va a sobrar o me va a alcanzar el tiempo. Esta es una prueba que tenemos que hacer cada uno de nosotros. “Probadme ahora en esto”. Dios conoce nuestro servicio, la forma en que servimos a Dios y al prójimo, a lo que Dios ama. Conoce nuestra lucha, la lucha de la fe. A veces hay cosas que se oponen a la fe, que la debilitan, a todos nos pasa. A veces son cosas que les pasan a las personas que más amamos en la vida. Entonces pensamos que Dios nos abandonó, es la primera conclusión a la que llegamos. Dios no existe o se fue de mi vida. Y dejamos de venir. Pero es lo que nunca tenemos que hacer, porque Dios conoce y mantiene ese conocimiento cuando quedamos fieles.

Dios también conoce nuestra debilidad. No nos ama porque seamos fuertes, sino porque somos lo que somos. Tomó de lo necio para avergonzar a los sabios (comparar con 1 Co 1:27). ¿Esto quién lo entiende? El Apóstol Mayor ha dicho que no siempre entiende lo que hace Dios, pero confía en Él. A veces no entendemos lo que hace Dios o lo que permite, pero no nos vamos, confiamos,



porque él conoce también nuestra lucha. Nunca va a permitir que llevemos una carga más pesada de la que podemos llevar. El tema es que nosotros tenemos que conocer nuestra carga y acomodarla. A veces le decimos a Dios que hasta que no superemos una situación no vamos a hacer nada en su casa, y es al revés. Cuantas más circunstancias, más adentro de la Iglesia estoy. Y la Iglesia somos nosotros. Es el factor común que nos une, la fe. Dios también conoce que somos una pequeña manada. Tenemos que saber que nos conoce.

Dios conoce que no tenemos poder propio. No le podemos pedir al sol que salga por el oeste, que la lluvia no nos moje; no tenemos poder sobre la fuerza de la naturaleza. Dios sí. Pero todo es una cuestión de fe.

Dios conoce que pecamos, que nos equivocamos reiteradamente y que volvemos a caer en las mismas cosas. Sin embargo nos conoce, ¡y nos da cada abrazo! A veces recibimos pocos abrazos, pero Dios nos abraza, nos consuela. Si somos fieles, velará por nosotros. Moramos al abrigo de Dios, porque Él nos conoce (Salmos 91).

Y nosotros tenemos que conocer a Dios. Entonces confiamos en Dios. ¿Conocemos a Dios en serio? En nuestra debilidad su potencia se hace fuerte. A veces decimos: "no puedo más". Dios conoce hasta dónde podemos. Nosotros tenemos que conocer que Dios nos conoce.

Sabemos también de su retorno y lo esperamos. No esperamos el juicio final donde todos, los vivos y los muertos, serán juzgados por sus obras. Esperamos la venida del Señor, primero, cuando Él tomará a aquellos que sean similares a Él en el sentir. Jesús vino a dar a conocer al Padre, a mostrar cómo era. Dice en Mateo 7: 12: *"Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas"*. Conocer a Dios, entonces, implica conocer el ser de Dios, su amor y su voluntad.

* * *